

## VIAJES.



(Vista de la gran plaza de Méjico.)

## MÉJICO.

**M**ÉJICO, la ciudad mas grande, mas rica y magnífica de toda la América antes del descubrimiento y despues de su conquista, está situada en latitud  $19^{\circ} 26' N$ , y longitud de Cádiz  $92^{\circ} 48' O$ . Esta famosa ciudad, destinada á ser la capital del imperio mejicano, y despues del imperio español en Ultramar, fue fundada por un príncipe Chichimeca en 1327, con el nombre de Tenochtitlan sobre una laguna de circunferencia, rodeada de montes y serranías. Su altura extraordinaria de 8227 pies sobre el nivel del mar la proporciona uno de los climas mas apacibles del Nuevo Mundo, facilitando sus valles las producciones mas ricas de la zona templada y de la central del glovo. Por las alianzas contraídas entre las diferentes ramas de la familia imperial chichimeca, vino á reinar la dinastía de los Motezumas. El primer soberano de este nombre se aplicó á engrandecer su capital, y continuado este impulso por sus sucesores, Méjico llegó á contener 140.000 casas, que aun suponiendo una gran parte pequeñas, segun la condicion de los indios mas pobres, es sin embargo prueba de una magnificencia poco comun en Asia y en Europa. La sorpresa de los españoles al ver una capital tan vasta, con tantos templos, palacios y mercados fue muy grande, pues el mismo Hernan Córtes en su primera carta á Carlos V se confiesa incapaz de describirla. Empeñados aquellos atrevidos descubridores en la empresa mas árdua que jamás acometieron hombres, despues de haber quemado todos sus barcos para imposibilitar la retirada, se siguió la guerra sangrienta, hasta que, parte por la superioridad de las armas, parte por el coraje físico de los europeos, y principalmente por la consumada prudencia del general, se rindió la capital, y con ella todo el imperio mejicano, en 13 de agosto de 1521.

Concluida la conquista de Méjico, se aplicó Hernan Cortés á reedificar la ciudad, que habia sido casi destruida, y continuando los vireyes que sucedieron al conquistador en el mismo plan, Méjico recobró su esplendor y premaxia en el Nuevo Mundo.

La planta de la ciudad es cuadrada; su estension de N. á S. 4340 varas castellanas y de E. á O. 3640. Está cerrada con un foso en lugar de muralla y se entra en la ciudad por siete calzadas de piedra; algunas

son las mismas que habian construido los indios, y otras han sido hechas por los españoles. Los arrabales, como sucede generalmente en todas las ciudades cercadas, están fuera de la barrera, que separa las habitaciones de los mas ricos de aquellas que ocupan los mas pobres. El piso es muy llano, y las calles, estando tiradas á cordel son rectas, de catorce varas de ancho y algunas de mayor anchura, cruzándose todas en ángulos á iguales distancias: las principales están enlosadas, muchas tienen lóvedas para el desagüe de las lluvias y de las casas, y toda la ciudad está muy bien empedrada y guardada con mucho aseo. En varias calles hay canales hermosos por donde entran barcos y canoas para surtir los mercados, que están siempre muy abastecidos con toda suerte de provisiones, frutas deliciosas y flores. Hay varias plazas para el tráfico del comercio, el cual era muy considerable al principio de este siglo, y aun continúa no obstante las disensiones políticas que han agitado, no solo la capital sino todo el estado. Pero lo mas recomendable en esta ciudad es la escelencia de la policía que conserva todo en el mejor orden, sin obstruccion de día, y bien alumbrada de noche. La alameda, situada como en Madrid á un extremo de la ciudad, comunica con el paseo nuevo, como el camino de Alcalá con el Prado, y la calle ancha y hermosa que forman los árboles del pascu nuevo termina en el camino de Capultepec, donde está el palacio de campo construido por el conde de Galvez, el mas célebre de los vireyes de Méjico.

Los edificios públicos son muy numerosos, muchos de ellos magníficos, y no pocos de una arquitectura primorosa; mientras que la elegancia de las casas de muchas calles, de tres cuerpos y cada uno de considerable altura, pintadas las fachadas con ricos colores y adornadas con balcones de hierro lindamente trabajados, unos dorados y otros pintados, presentan una perspectiva tan grandiosa, que sorprende al extranjero y deleita al espectador mas apático. El plan de las casas es como el de las de España: la portada en el centro dá entrada al patio, el cual está comunmente adornado con árboles, arbustos y flores, con un corredor hermoso en cada piso, y las puertas y ventanas de las habitaciones defendidas del Sol y de la lluvia en los espaciosos corredores.

Entre los edificios públicos merece mas principalmente

12 de junio de 1842.



fixar la curiosidad del viajero, la magnífica Catedral cuya fábrica duró 94 años: tiene de longitud 400 pies, y de latitud 222, y cuenta 74 ventanas. La fachada es de estilo jónico, con dos hermosas torres adornadas con pilastras y estatuas, rematando en cúpulas y sobre cada una el globo y la cruz. La iglesia está dividida en cinco naves con tres puertas en la fachada del Mediodía, dos en las de Oriente y Poniente, y otras dos en la de Norte. En esta iglesia han sido veneradas por muchos años dos imágenes de Nuestra Señora, una con el título de la Ascension, de oro, de peso de 139 marcos y 30 castellanos, y la otra toda de plata. El adorno, riqueza y magestad con que se hace el culto, no es inferior al de ninguna otra iglesia metropolitana de América ni aun de España. Hay dentro de la ciudad 14 parroquias y 88 iglesias, pertenecientes á los conventos de frailes y monjas.

Los otros edificios públicos mas notables son el palacio de los antiguos virreyes con las secretarías, tesorerías y tribunales contiguos: el hospital que mantiene 1400 personas dentro de su recinto; la Acordada, ó cárcel general, que puede contener hasta 1200 presos en cuartos secos y ventilados; el magnífico edificio, escuelas de minas, obra del celebrado arquitecto Tolsa, la universidad bajo el mismo reglamento de la de Salamanca, compuesta de 225 doctores y 23 catedráticos, y otros varios colegios públicos de enseñanza que con los de los conventos llegan á 43. La academia de nobles artes es otro bellissimo edificio, así como la Casa de Moneda, donde antes de la revolucion se acuñaba anualmente 23 millones de pesos, y desde donde han pasado á Europa mas de tres mil millones desde su fundacion. En la plaza mayor hay una soberbia estatua ecuestre erigida á principio de este siglo por el marqués de Branciforte, cuñado del famoso valido Godoy.

Entre las obras de utilidad pública, lo mas notable son las fuentes hermosas en la ciudad, y los acueductos que la surten de agua delgada y saludable. El principal de estos por su estructura, es el de Chapultepec compuesto de 900 arcos espaciosos. Otro acueducto de mas de dos leguas de largo conduce una cantidad de agua desde el pueblo de Sta. Fé, pero á causa del declive del terreno no es todo de arquería.

Estando la ciudad de Méjico situada en un llano, solo cuatro pies de elevacion sobre la superficie de un lago inmenso, no es posible hallar cimiento sólido para la ereccion de edificios muy altos; por eso es que las obras públicas, como iglesias, palacios y academias, parecen á la primera vista de un extranjero de dimensiones bajas, con respecto á la estension que ocupan; y es de admirar el atrevimiento y pericia de los arquitectos de Méjico, en haber trazado y levantado en medio de tan grande dificultad, obras tan vastas y de arquitectura tan exquisita. Otro grande inconveniente de la localidad de Méjico, son las inundaciones terribles causadas por la superabundancia del agua de los lagos que rodean la ciudad. Despues de mas de un siglo de planes y obras de desagüe con poco efecto, resolvió el gobierno vencer la dificultad de una vez, y consiguió completar en 1789 la mas gigantesca obra hidráulica ejecutada jamás por los hombres en la historia moderna: tal es el famoso desagüe de Hue-huetoca. Consiste en un canal de cuatro leguas y media en largo, con 32 pies de agua suficiente para navegar en él los mayores navios de guerra. Por espacio de 12,600 pies, la profundidad de la cortadura es de 107 á 142 pies, y en el centro de la colina de Nochistongo, por espacio de 2886 pies la profundidad es de mas de 200, siendo el ancho de la cortadura en la parte alta de 306 á 396 pies, segun la naturaleza del terreno. Para el desagüe del otro lago de Tezcucuo que puede todavia inundar á la ciudad en caso de

lluvias extraordinarias, el gobierno empezó otro canal que, segun el plan seguido, se estenderá 38.375 varas, mas de siete leguas, pero sin la dificultad de las colinas que ha sido necesario cortar en el desagüe de Hue-huetoca.

Méjico á la verdad es la reina de las ciudades de toda la América, y pocas capitales de Europa pueden compararse á la capital del imperio mejicano. La falta de censo nos impide saber la exacta poblacion de la ciudad, pero dándole un aumento moderado en los 42 años de este siglo, se puede estimar en 160.000 habitantes.

## HISTORIA NATURAL.

### LA CIGÜEÑA.

**S**on numerosas las familias de aquellas aves propias de las riberas del mar y de los rios, que teniendo los pies faltos de membranas, se posan sobre la tierra, y no permanecen en el agua; pero buscan en ella su alimento á favor de su largo pico y desmesurado cuello. Entre estas familias se cuenta la cigüeña, una de las mas célebres á causa de los servicios que hace al hombre y de sus virtudes morales. Sus especies son dos: la negra y la blanca, que es de la que nos proponemos tratar en este artículo.

La cigüeña es una de las aves que no permanecen todo el año en un mismo pais; sin embargo, cuenta Koempfer que no abandona el Japon, lo que si es cierto, es este el único pais donde se estaciona. Empero esta ave mas nos parece africana que de ninguna otra region, siendo cierto que no falta absolutamente de Egipto, aunque la mayor parte se viene en el estío á las regiones de Europa, á gozar de mas benigno temple, y se vuelven en el invierno para evitar los rigores de esta estacion.

Es la cigüeña ave corpulenta, pues tiene de largo tres pies desde la punta del pico hasta la estremidad de la cola, y cuatro hasta la de las uñas. El pico y las zancas son encarnadas, y la piel que rodea los ojos de un negro rojizo. Un blanco brillante domina en todo su plumaje; mas las grandes tectrices de las alas y las escapulares son de un moreno negruzco, y de un negro que cambia en violado, y las pennas de las alas que llegan á treinta, son negras. Cubren la cola cuando están recogidas las alas, y cuando estendidas las grandes pennas ofrecen una disposicion particular, pues las ocho ó nueve primeras se separan las unas de las otras y parecen divergentes, dejando un espacio vacío entre ellas, cosa que no se observa en ninguna otra ave.

A favor de un vuelo fuerte y sostenido se eleva la cigüeña á una grande altura, y hace largos viajes aun en tiempos borrascosos. Lleva la cabeza recta y los pies estendidos hacia atrás como para que le sirvan de timon. Anunciando la primavera vuelve cada par á los mismos lagares que el año anterior habia habitado, y compone su nido, ó le hace de nuevo, si lo encuentra destruido, aglomerando cantidad de ramas, juncos y otras plantas acuáticas. Colócale, si habita en las poblaciones, en lo alto de los edificios mas elevados, como iglesias, torres y campanarios, y si en el campo, en lo alto de los árboles mas corpulentos que crecen cerca de las aguas, en las altas y escarpadas rocas, y en los almeares de los cortijos, desde cuyos sitios se complace en dominar los parajes circunyacentes.

Cuando duerme esta ave, ó está quieta, se tiene en un pie con la cabeza hacia tras reclinada en la espalda. Su marcha es como la de la grulla á grandes y mesurados pasos. Cuando se posee de alguna pasion, hace sonar sus mandíbulas con un castañeteo repetido, para lo cual vuel-



ye la cabeza, de modo que el pico descansa casi paralelamente sobre la espalda, y á medida que el ave va tornando el cuello adelante, disminuye el castañeteo, y acaba cuando ha tomado la posición natural.

Su postura no pasa de cuatro huevos, y frecuentemente es de dos, de un color blanco sùcio que tira á amarillo, no tan grandes pero mas largos que los del anade. Cúbrellos el macho el tiempo que la hembra va á buscar comida, y salen los pollos al cabo de un mes. Entonces los padres redoblan su actividad para encontrar alimento, proporcionado á su recién nacida prole; pero jamás dejan el nido solo, y mientras que el macho ó la hembra han ido á cazar, el otro permanece sobre un pie con los ojos fijos en los hijuelos.

A pesar de la facilidad con que la cigüeña se domestica, es de notar que jamás cria en el estado de cautividad, aunque anden libremente en los jardines ó huertas y cerca de agua, donde no les falta abundante alimento.

Por el otoño marchan las cigüeñas; mas antes de pasar de un país á otro, todas las que habitan un territorio se reúnen algun tiempo antes una vez al día, hasta que está completa la banda, castañeteando frecuentemente. Parece que todas se buscan, se reconocen, y se dán el aviso de la marcha general. Estas reuniones no se hacen sin tumulto y aun sin peleas á veces. Llegado el momento de partir se levanta á los aires toda la banda en silencio, y algunas veces de noche, y en poco tiempo se pierde de vista.

No es el frío, segun parece, el que obliga á la cigüeña á abandonar nuestras regiones, pues las domesticadas que se exponen á todas las injurias del tiempo, las resisten sin daño alguno; sino el instinto de encontrar mas abundante alimento. No se ven en Inglaterra las cigüeñas, sin embargo que llegan á los países interiores del Norte como á la Suecia, Rusia y Siberia. Se encuentran en toda el Asia, hay muchas en España, y segun parece, son raras en Italia, aunque los antiguos naturalistas aseguran que fueron en ella comunes en otro tiempo.

La cigüeña, como hemos indicado, no huye del hombre ni se asusta del tumulto de las poblaciones, y en todas partes vive segura de asechanzas. Todas las naciones respetan la cigüeña, porque limpia sus campos de sabandijas, y algunas le han atribuido los mas prósperos agüeros. Los árabes miran su presencia como señal cierta de su felicidad, por lo que es un crimen violar en ellas el derecho sagrado de la hospitalidad. Para los turcos y los orientales son animales sagrados, que está prohibido matar. En Constantinopla, se dice, gozan de tal seguridad, que anidan en las mismas calles. Los mahometanos la tienen en grande estima y veneracion, siendo casi tan sagrada entre ellos como el ibis entre los egipcios, pues miran como irreligioso al hombre que se atreve á matarla, y aun á inquietarla solamente. En Tesalia, hoy Janina, tiene pena de muerte el que la dá á una cigüeña. Entre los moros debe tambien esta ave la seguridad de que goza á las creencias religiosas de este pueblo, que tiene por pecado matarla, porque á petición de Mahoma transformó Dios en cigüeñas una tropa de árabes que robaban á los peregrinos de la Meca.

La cigüeña parece tener idea de la limpieza, porque escoge los pasajes mas retirados para deponer sus excrementos. Aunque de aspecto melancólico y triste algunas veces se entrega á la alegría, y se la ha visto mezclarse en los juegos de los niños, prestarse á sus burlas, y dar en estos entretenimientos pruebas de inteligencia. El agradecimiento, la fidelidad conyugal y la piedad filial son las virtudes que ha manifestado la cigüeña de la manera mas eminente, y á las que debe la celebridad de que goza.

Parece que saludan con el castañeteo de su pico á sus huéspedes cuando vuelven á ellos, y que se despiden cuan-

do dejan su compañía. Ulises Aldrovando pinta con bastante viveza las señales de alegría y de amor que dá el macho á la hembra cuando han llegado de un largo viaje. Mas tan cariñoso como es, es celoso de la fidelidad conyugal, pues aun las apariencias de haber faltado á ella, cuesta á veces la vida de la hembra, porque si se ponen en su nido algunos huevos de gallina, como por diversion se hace en las inmediaciones de Esmirna, donde anida un gran número de cigüeñas, así que los polluelos salen á luz, viendo el macho su estraña figura, hace un extraordinario ruido, con que atrae al rededor una multitud de cigüeñas, que acometiendo á la hembra, tenida por infiel, la matan á picotazos, mientras que lanza lamentables gritos.

La cigüeña tiene grande cariño á sus hijos, los alimenta largo tiempo, y no los abandona hasta que los vé con bastante fuerza para defenderse y buscar ellos mismos el sustento. Cuando comiezan á volar los sostiene sobre sus alas, y los defiende cuidadosamente de los peligros. Algunas veces se les ha visto perecer con los hijos antes que abandonarlos. Es muy célebre el caso de la cigüeña de Delf, la cual segun cuenta el médico Adriano Junio, habiéndose incendiado aquella poblacion, despues de haber hecho esfuerzos inútiles para salvar á sus hijos se dejó abrasar con ellos. Mas si este amor, mas ó menos entrañable, es comun á otros animales, no lo es ciertamente el afecto que las cigüeñas jóvenes manifiestan á las viejas. Frecuentemente se ha visto á aquellas prodigar los mas tiernos cuidados á sus padres ya viejos, y llevarles de comer cuando ellos no pueden buscar su alimento por debilidad ó enfermedad, instinto que no dejaron de conocer los antiguos, pues hablan de la piedad de estas aves, entre otros, Filon, Judío y San Basilio.

Estas raras cualidades fueron causa de que la cigüeña tuviese culto entre los egipcios, y que aun en el día esté el pueblo persuadido de que trae la dicha á la casa donde se establece. Entre los romanos la aparicion de una cigüeña á los augurios significaba union y concordia, y su ida en una calamidad era de funesto presagio. Estaba tan radicada esta creencia á los pueblos antiguos, que Atila, segun cuenta Pablo Diácono, se empeñó mas en la toma de Aquileya, cuyo sitio estaba para levantar, por haber observado que las cigüeñas abandonaban la ciudad llevándose á sus hijos. En los geroglíficos la cigüeña significa piedad y beneficencia, y los egipcios la pintaban para denotar un hombre amante y cuidadoso de sus padres; y los reyes de la antigüedad, como dice Suidas, ponian en lo alto del cetro la imagen de esta ave, y en la parte inferior la del hipopótamo, para dar á entender que la piedad debe ser exaltada, y la crueldad abatida. Los romanos pusieron la cigüeña en las monedas, tambien para significar la piedad como se ve en las de las familias Antonia y Cecilia, en las de Marco Antonio, en las de Q. Metelo, en las de Antonino, y finalmente en las de Adriano con la inscripcion *Pietas augusta*.

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA

## TRADICIONES POPULARES.

### EL SALMON DE ALAGON.

LA villa de Alagon está situada á los 15 grados y 40 minutos de longitud y 41 con 53 de latitud, segun afirma *Espinall*, pues yo no la he medido. Es pueblo de consideracion y nombradía, no solamente por su mucho vecindario, sino aun mas por la hermosura y fertilidad de su terreno, situado entre el canal, el Jalon y el Ebro, y próximo á la confluencia de estos dos últimos.



Ademas de estas cualidades, que podremos llamar esenciales é intrínsecas, hay otras varias que llamaremos accidentales, y que contribuyen también á su celebridad, tal como las *tortas* que llevan su nombre. Porque es de notar que apenas hay pueblo en Aragon que no adquiera algun tanto de esta celebridad accidental, por pagar cierto tributo al paladar. Asi, v. g., es notable Zaragoza por sus roscones, Calatayud por sus vizcochos, y el término de Campiel por los melocotones, Muel por sus peras y cardos, Maella por sus higos, Riola por los ajos, Cariñena y Cosuenda por sus vinos.

Pero aun es mucho mas célebre el *Salmon de Alagon*, y no porque se pesque allí, sino por una tradicion, que es harto vulgar en todo Aragon, pero fuera de aquel país apenas es conocida. Por ende, nuestros lectores aragoneses, si lo saben ya, y no quieren volverlo á oír, pueden doblar la hoja.

Dícese, pues, por tradicion no interrumpida, que en una tarde del mes de marzo (el año no se sabe á punto fijo, aunque es de presumir que fue despues del diluvio) llegó á la villa de Alagon un arriero en direccion á Zaragoza; pero siendo ya algo tarde, tuvo que detenerse en el meson del pueblo. Añaden personas bien informadas, que el tal arriero era un hombron de Calanda, de lo mas bien plantado que habia salido de la *tierra baja*. Habia sido miñon, y como tal habia perseguido el contrabando y los ladrones, hasta que tomó su baja. Entonces volvió la oracion por pasiva, y se puso á contrabandista, con lo que habia pescado á rio revuelto, hasta que vino por su desgracia á caer en manos de sus sucesores, que hicieron con él lo que probablemente habria hecho él con algunos de sus antecesores. Habiendo logrado indultarse, recogió velas, trató de mudar de rumbo, y con los residuos de su pasada fortuna que habia logrado salvar del naufragio, se puso á probar fortuna en el oficio de arriero.

A pesar de eso jamás olvidó los resabios de su primer servicio: gustaba de llevar el sombrero á lo *curro*, fumaba *brasil*, bebía puro y de largo, hablaba á lo maton, poco y detenidamente; echaba un taco entre cada dos palabras, y por menos de un soplo era capaz de armar una quimera, hasta con su sombra.

Tal era el arriero que se echaron á la cara el alcalde y otras notabilidades de Alagon, que estaban paseando á las afueras del pueblo un martes de Semana Santa. Como en aquel tiempo no habia periódicos, y el ramo de correos no estaba muy atendido, ni se conocia aun la plaga designada con el titulo de *político-manía*; la aparicion de un viagero, ora fuese arriero, ora peregrino, era mas interesante que una gaceta extraordinaria. Rodeábanle los curiosos, se afanaban en dirigirle preguntas, comentaban sus palabras, y disertaban sobre sus respuestas. El viagero por su parte se esforzaba á mentir (sin duda por eso á un libro que tiene muchas mentiras le llamaron el *Viagero universal*), y aunque no viniese de luengas tierras, no por eso falsificaba el adagio, revolviendo el Mogol con Astrakan, y refiriendo los sucesos de Utrera, aunque viniese del Vierzó.

No así nuestro arriero, que era hombre de muy pocas palabras (entre buenas y malas), y mas serio que un retrato viejo. Apenas se dignó contestar á las preguntas que le hacian los curiosos de Alagon, y á duras penas pudieron barruntar que llevaba dos cargas de salmon á Zaragoza. Los dientes se les afilaron á los espectadores al oír hablar de salmon fresco, en vísperas de las cuatro vigiliass de Semana Santa; y no faltaron algunos, en especial el alcalde, que propusieron al arriero que vendiese allí algunas libras, pues aquel peso menos llevaria á Zaragoza. Pero en

vez de acceder el arriero á tan justa demanda, torció el hocico, escupió por el *golmiyo*, y despues de pegar un varazo al macho que acababa de descargar, dió por única contestacion al auditorio un *arre tordo*, y se dirigió con él á la cuadra.

Este desprecio brutal llenó de indignacion á todos los espectadores. Quién le recetaba una semana de carcel y confiscacion de cargas por haber faltado al respeto al señor alcalde, quién le juraba una paliza, mientras que otros mas alegres proponian como mas gracioso quitarle el salmon mientras durmiese, y llenarle las banastas de inmundicia. Pero el alcalde supo desentenderse de todos aquellos procedimientos ilegales, y asesorándose con su escribano decretó: "que incontinenti se procediese al embargo del salmon, y tomando en cantidad de una ó dos arrobas, para venderlas en el pueblo, pues habia en él una multitud de mujeres embarazadas, á las que se les habia antojado el salmon, y de no satisfacerlas aquel antojo pudiera seguirse á la prole algun perjuicio."

Dirigióse el escribano á la posada para hacer la notificacion seguida de varios curiosos, que deseaban ver abatido el orgullo del indiscreto arriero: — "No hay dinero en Alagon para pagar mi género," dijo este así que le hicieron la notificacion, y continuó picando con mucha flemma el troncho de tabaco que tenia entre sus dedos. — "Cuanto ni mas, añadió, que no se ha hecho la miel..... etcetera."

No bien lo habia dicho cuando cayeron sobre sus espaldas dos ó tres estacazos, y aunque trató de valerse de su navaja, se vió al punto rodeado de otros siete ú ocho con grave peligro de sus tripas: en verdad que lo hubiera pasado mal, á no haber sido por el escribano, que por aquella vez y sin ejemplar sirvió de juez de paz.

Cuando se trató del pago, el escribano viendo que pedía muy caro ofreció que se pagaria al precio mas alto que se vendiese en Zaragoza. No se daba por muy satisfecho el arriero, pero algun tanto amedrentado con los palos anteriores y la actitud imponente del pueblo, que le llenaba de imprecaciones por las insolentes palabras que habia proferido, tuvo que bajar las orejas como hacen los pollinos en lances apurados, y se dió por contento con que le permitiesen marchar al día siguiente con las arrobas restantes.

Entre tanto en el pueblo se repartia alegremente una arroba aragonesa (de 36 libras) que habia quedado, segun la orden del alcalde, obligándose los consumidores á pagar la parte que les correspondiese, luego que se supiera el precio á que se habia de vender en Zaragoza.

Luego que el arriero llegó á Zaragoza se dirigió al punto al peso real para que se reconociese su cargamento y se le pusiera precio. El regidor que estaba de semana era hombre de buen humor, y luego que oyó contar lo que al arriero le habia pasado en Alagon, le mandó que pesase una onza de salmon, y sacando del bolsillo una onza de oro en una pieza, se la entregó diciendo: — *En Zaragoza se paga el salmon á onza la onza.* — Quedóse el arriero estupefacto, el alguacil atónito, y un lego de la Victoria que habia acudido ya al olorcillo, al oír tan escusivo precio se marchó escandalizado, echando castañetas con los dedos.

Parece imposible que pudiera venderse el salmon á tan exorbitante precio: con todo, diz que no faltaron locos que tuvieron la humorada de pagar al arriero á onza la onza, porque para que acudan mosquitos no hay como subir el vino. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que el arriero volvió al pueblo de Alagon, y reclamó el cumplimiento de la oferta que le habian hecho de pagarle el salmon al precio mas alto que se hubiese vendido en Zaragoza. Aquí fue el apuro de los alagoneses, que casi habian olvidado lo pactado con el arriero. Tenian ya el salmon



digerido y algo mas; el gusto satisfecho, el antojo cumplido; pero á guisa de pescadores debían pagar con las setenas el placer que habían disfrutado, como sucedió á los judíos cuando la broma de las codornices.

Luego que el arriero sacó la certificación en que constaba que en Zaragoza se había vendido su salmón á onza la onza, faltó poco para que al alcalde le diera un paraisimo. Apenas podía creerlo, á pesar de que la certificación venia en toda forma, con el sello 4.º por montera, y el león rapante de Zaragoza por las faldas. Decidióse pues á luchar desesperadamente, y se negó á pagar (cosa muy obvia!) alegando que no estaba obligado á cosas extraordinarias.

Yo no sé con cuánto sentimiento mio el éxito que tuvo aquel debate, pues no me gusta apurar las cosas, y menos en materia de tradiciones. He oído decir que despues de un ruidoso pleito el pueblo tuvo que pagar (eso es de cajón), habiendo sido condenado á otorgar un censo á favor del arriero, con el capital del importe del salmón, que importaría 138.240 rs. de moneda de Castilla, caso de que solo dispusiesen de una arroba de Aragon, que se compone de 36 libras, la libra de 12 onzas: añadia el que lo reñiría que dicho censo se venia pagando hasta estos últimos años. Pero yo puedo jurar, tocando el mango de mi cuchara como se usa entre estudiantes, que no he visto tal escritura de imposición, y que estoy tentado á creer que no haya existido.

En cuanto al fondo del suceso no sé qué verdad se merezca, aunque lo tengo oído referir á muchos: como gracias á Dios no soy ningún Masdeu, ni me gusta echar á pique las tradiciones, prefiero el referir las cosas como las he oído: *relata refero*, como dicen los latinos.

Lo que sí puedo asegurar sin escrúpulo de conciencia es, que en todo Aragon se acostumbra decir para ponderar algun objeto muy costoso, *¡Es mas caro que el salmón de Alagon!*

V. DE LA F.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### DON JUAN I Y EL JUSTICIA DE ARAGON.

**R**EINABA en Aragon por los años de 1390 el rey Don Juan I, conocido en las historias de aquel país con el título de *amador de la gentileza*. Al principio de su reinado había seguido las huellas de su padre D. Pedro el Ceremonioso; pero por un cambio quizá afortunado para el reino, había mudado de conducta, pasando de la crueldad á la indolencia.

Apenas se oía el sonido del clarín dentro de los muros de la Aljafería: una tropa de juglares y de trovadores llenaban las habitaciones, donde en otro tiempo se alojaban los guerreros, y animaban con los ecos de sus laudes y bandolines hasta los rincones de aquel romanesco palacio. Ya no ocupaban el lado del rey los curtidos capitanes, ni los adustos magnates vestidos de hierro, y dotados de unos sentimientos mas duros que sus mismos petos. En vez de planes de ataque, asedios y conquistas, la corte solo pensaba en los *tenzones*, (disputas poéticas) y en las decisiones de las *cortes del amor*, que el rey había mandado plantear á la manera de las provenzales. El mismo rey componia versos, y á imitación suya casi todos los cortesanos cursaban las academias de la *gaya sciencia* ó *arte de trovar*. Alguna vez sonaba la corneta en los patios del castillo; pero en vez de un escuadron de caballeros, tan solo se veía salir una comitiva brillantemente ataviada, que acompañaba al rey en sus cotidianas monterías.

Cansados los señores y las universidades del indolente monarca, le reconviniéron áspéramente en las cortes de Monzon, y le obligaron á espulsar de su palacio aquella turba de ociosos, y hasta su favorita *Doña Carroza de Villaragút*. Pero duró harto poco este arreglo, y poco despues los negocios pasaron á manos de la reina y del vicecanciller Micer Ramon de Francia, que había presidido las cortes de Monzon, y defendido con energía la causa del rey, al paso que logró se derogasen algunas de las gracias concedidas á las justicias, y se estableciese el fuero de la Enquesta.

Poco tiempo despues, el rey vino á Zaragoza muy exasperado contra sus vecinos, por la parte que habían tomado contra él, y con muy frívolos pretextos puso presos á una gran porcion de vecinos de la ciudad. Al verse ellos hechos blanco del furor del rey, se valieron del fuero de la *manifestación*, que reclamaron del Justicia.

Desempeñaba entonces aquel cargo el célebre *Juan Jimenez de Cerdán*, hijo de aquel *Domínguez*, tan célebre en los fastos de Aragon por su instrucción é integridad, y por la energía con que había defendido al rey D. Juan contra las persecuciones de su padre y madrastra, cuando trataron de quitarle la gobernación del reino, que segun las leyes correspondia al príncipe.

Luego que el rey supo que el Justicia iba á conocer en aquella causa, viendo que la rectitud de Cerdán le impediría ejecutar su venganza, le envió á decir que no procediese sin dar noticia al consejo del rey, y sabiendo que Cerdán había respondido, que el consejo ni el rey tenían que intervenir en las causas de manifestación, le mandó que se asociase con el Vice-cantiller Micer Francia para dar la sentencia.

Conoció Cerdán el lazo que se le tendia, tratando de malquistarle con los vecinos de Zaragoza. Era esto el día 24 de diciembre, en que segun costumbre se cerraba el tribunal hasta el año siguiente. Dejábase, pues, inferir, que el objeto era vejar á los presos con aquella dilación teniéndolos en la cárcel. En tal apuro consultó con los letrados si podia ó no tomar adjuntos para sentenciar, y habiéndole respondido que no, pasó inmediatamente á dar sentencia, absolviendo á los presos, y poniéndoles al punto en libertad; de modo que cuando se cerró el tribunal, ya estaban ellos en sus casas. En seguida se dirigió á la Aljafería con paso firme y magestuoso continente, llevando pintadas sobre sus agradables y serenas facciones la tranquilidad imperturbable de su alma.

Largo rato hubo de esperar á que se le mandase entrar á presencia del rey. Los cortesanos que conocian su desgracia huían de él como de un inficionado, y hablaban en sus corrillos contra su impolítica temeridad. Entre tanto Cerdán, sin tener á quien dirigir la palabra, paseaba silencioso por la galería contemplando los retratos de los antiguos condes de Sobrarve y de los reyes de Aragon. Al pie de cada uno de estos había un distico latino, que aludia á su caracter ó alguna de sus mas célebres acciones, y que probaban la afición que tenia la corte á la poesía. Pero el que mas llamó la atención de Cerdán, fue uno que había sobre la misma puerta de la cámara del rey, que decia así:

Bætica præstat equos, tauros Jarama superbos.  
Eximios Castella duces, Aragonia reges.

—¿Es posible, decia Cerdán dentro de sí mismo, que al leer estos versos no se avergüenze el monarca imbecil, que prefiere los aplausos venales de los trovadores á las recriminaciones de los políticos? La actividad guerrera de sus predecesores se ha convertido en una apatía escandalosa, y gasta mas en halcones y vestidos de caza, que gastaban aquellos en armaduras y en conquistas.—



Tales eran las tristes reflexiones que hacia Cerdán al comparar el contenido de aquel verso, con la conducta del único rey flojo que presentan las historias de Aragón; cuando la voz del ugiar anunció su nombre en la puerta de la sala del Consejo.

Estaba el rey muellemente sentado en un sillón, cuyo respaldo estaba adornado con las barras catalanas. Apenas hizo un ligero movimiento cuando entró Cerdán, sin levantarse ni darle la mano, como solía hacer otras veces. A su izquierda estaba sentado en una silla mas baja Don García, el arzobispo de Zaragoza. Detrás del sillón del rey, y en pie, el vice-canciller y otros muchos consejeros y letrados.

A una señal del rey el vice-canciller tomó la palabra, y mandó al Justicia con altivez, que diese cuenta del estado de la causa.

—No hay para qué dar esa cuenta, replicó Cerdán, porque la causa está terminada, y ha recaído sentencia.— Al oír esto el rey dió un vuelco en el sillón, y mirando al Justicia con ojos furiosos, prorumpió en voces destempladas. — ¿No vos mandé yo, el Justicia, que no dieseis sentencia sin consultar con mi consejo ó con mi vice-canciller? — y al decir esto la cólera le impidió seguir; pero reportándose algún tanto pidió razon de la sentencia.

—Hablando con respeto del señor rey, replicó Cerdán, no lo puedo hacer, *car de los feitos del oficio, si fuere afrontado, debré dar razon en Cort general y no en otro lugar.*—

Quedaron todos silenciosos al oír tal contestacion, y la calma y dignidad con que fue proferida. En vano el rey mudando de tono le hizo presente, que hasta los reyes en sus entrevistas se daban razon mutuamente de sus acciones particulares, para justificar sus miras: — Cerdán respondió con decoro, que era menos humillante dar satisfacciones á un igual, que doblegarse ante un poderoso.

Furioso el vice-canciller amenazó á Cerdán diciéndole: — Catad, vos el Justicia, que á pocos pasos de aquí están las prisiones de estado. —

—Membrad, vos el vice-canciller, que á 100 pasos de aquí está Zaragoza. —

El rey viendo encrespase la disputa mas allá de lo que él quisiera, impuso silencio, y dió al Justicia su venia para retirarse.

Era ya muy entrada la noche, cuando salia de la Aljafería: un viento norte petrificaba la naturaleza con su soplo glacial, y arrojaba las olas del Ebro contra sus fuertes barbacanas. A pesar del intenso frio, al entrar Cerdán por el *Portillo*, en direccion á su casa, se vió rodeado por una turba de embozados: eran sus parientes y gran parte de los vecinos que habia puesto en libertad, los cuales impacientes al ver su tardanza, espíaban recelosos las puertas de palacio, temiendo que no volviera á salir de allí.

Grande fue su enojo al saber las insolentes preguntas que se le habian dirigido. Murmuraban del rey por su credulidad, aunque con el respeto con que siempre hablaban los aragoneses de sus reyes: pero descargaban su furor contra el osado vice-canciller, á quien culpaban de aquel y de otros escesos que hacia cometer al rey.

Mientras tanto en la Aljafería el vice-canciller aseaba con los mas negros colores la conducta del Justicia, y quería persuadir al rey que le prendiese. Al oír D. Juan tan descabellado consejo, le respondió casi exasperado: — ¡Habia yo de prender al hijo de *Domingo Cerdán*, que con tanto valor defendió mi causa, contra las intrigas de la *Forciana* mi madrastra! Sobre todo no quiero arrostrar otra union, como la que destruyó mi padre. —

Cansado el rey de la importunidad del vice-canciller, intimó que quería marchar á Zuera al dia siguiente, para

pasar allí las pascuas cazando. Creía de este modo evitar el que se le hablase de los negocios; pero Francia logró persuadirle á que enviase á llamar allá al Justicia, creyendo que sería mas fácil conseguir en Zuera, lo que no habian logrado en la Aljafería.

## II.

Hallábase Cerdán en su casa concluyendo de comer rodeado de su familia y otra multitud de parientes y amigos convidados. Era el dia de los *Inocentes*, y por una costumbre respetable, acostumbraban en tal dia las familias entregarse al placer con honestos desahogos, y daban por algunas horas la direccion de la casa y la presidencia de la mesa al mas jóven de la familia, ó algun fatuo ó persona sin juicio, si le habia en ella.

Presidia en aquella sazón la mesa uno de los hijos del Justicia, y á su lado su octogenario abuelo (*Domingo Cerdán*) se complacia á la manera de los antiguos patriarcas en contemplar su numerosa prole y los sencillos placeres de sus bulliciosos nietos. Semejante á una vieja encina que desde lo alto de su montaña ve crecer y desaparecer numerosas cosechas, permaneciendo ella siempre inmóvil á despecho de los huracanes y de las tormentas, así aquel hombre secular habia visto desaparecer numerosas generaciones, y habia sido testigo de la historia de cuatro reinados, á contar desde D. Jaime II. No lejos de él *Miguel Capiella*, el letrado mas célebre de Aragón, oráculo de sus fueros, y *Vicente de Yegüara*, á quien consultaba el Justicia en los casos áridos, prodigaban al anciano padre de su amigo toda clase de atenciones, y recogian con avidez las palabras y máximas de sabiduría que salian de sus labios.

Un accidente imprevisto vino á turbar aquel dulce espectáculo de la felicidad doméstica. Presentóse á la puerta de la sala un alguacil de palacio, preguntando por el Justicia, y mandándole en nombre del may noble Sr. *Mosen Ramon Alamán y Cervellón*, que se presentase aquella tarde en la Aljafería. Anublóse la serena frente del anciano ex-justicia, y su hijo pensativo dió á conocer la sensacion que le causaba aquel inoportuno llamamiento. En vano trató de serenarse y volver la calma y la alegría á su familia y convidados: alzaronse los manteles, y todos permanecieron silenciosos, ó discutiendo la causa del llamamiento. Deseoso de salir de aquella incertidumbre, salió Cerdán de su casa, y se dirigió á la Aljafería para avistarse con Cervellón.

Era este uno de los favoritos del rey, muy estimado de él, por lo que habia trabajado cuando las cortes de Monzon por defender su causa y la de su amiga Doña Carroza. Luego que vió á Cerdán, le manifestó que el rey le enviaba á llamar para que le acompañase á cazar en Zuera juntamente con Capiella y con Yegüara. Sorprendióse al pronto con tan extraño llamamiento, pero reportándose algun tanto, respondió con aire risueño: — "Decid al señor rey que yo obedeceré; pero me marávillo mucho de que nos llame con tal objeto, pues dificulto que haya en todo el reino tres cazadores tan malos como nosotros." —

Luego que se supo en Zaragoza tan estrafalario llamamiento, acudieron muchos vecinos y algunos diputados para aconsejarle que no fuese á Zuera, á ponerse en manos del rey, ó por mejor decir, del vice-canciller, que le acompañaba en su cacería. Su mismo padre, á pesar de la energía que habia desplegado en su juventud, y sus compañeros *Capiella* y *Yegüara* se inclinaban tambien por la negativa; pero el Justicia se empeñó en cumplir su palabra, aunque fuese á costa de su libertad y de su vida. — Si no voy, les decia, el rey tendrá motivo para quejarse de mi desconfianza. ¿Pues qué si hubiera querido prenderme no pudiera



haberlo hecho mejor cuando salía del alcázar, por medio de sus arqueros y *bazinetes*?" (soldados de caballería.)

—Pero en Zuera nadie podrá impedir vuestra prisión y destierro.—

—¿Pues qué, tan poco valeis, que no podáis obligar al rey por medios legales á ponerme en libertad?

Los diputados le presentaron al otro día un papel, prohibiéndole ir á Zuera, y cargando ellos con la responsabilidad. El Justicia contestó que aquel papel no procedía en derecho, pues los diputados no podían impedirle que fuese donde él creyese oportuno. En seguida les manifestó que creía al rey incapaz de cometer un atropello, y que en todo caso moriría por defender la justicia como había muerto *Santo Tomás de Cantorbery*, cuya festividad celebraba la iglesia en aquel día.—*"Que fasia conta (son sus palabras, segun escribe el mismo) que si por defender la libertad del reyno moria como morio Sant Tomás de Contuberny por defender los dreytos de la iglesia, que derrechament me yria á paradyso é seria en gloria con los santos."*

Al día siguiente muy temprano salió de su casa por una puerta escusada en compañía de sus dos amigos, y se dirigieron á Zuera montados en cuatragos, y acompañados de un solo palafrenero para su servicio. Luego que llegaron fueron en derecha á presentarse al rey, que se hallaba aposentado en las casas principales del pueblo. En aquel momento estaba vistiéndose para salir á caza, en lo cual empleaba largo rato, pues tenía su vanidad en tener excelentes vestidos, y sus halcones y los instrumentos de caza pasaban entonces por los mejores del mundo.

Recibió el rey á Cerdán con mas afabilidad que en su última entrevista, y le dió la mano, que besó aquel respetuosamente.

—"Justicia (le dijo el rey), yo he enviado por vos, para.... para lo que os dirá el vice-canciller,"—y dirigió á este una mirada, como diciéndole, yo nada tengo que preguntarle. Los aires del campo, los muebles sencillos y el aspecto rústico del pueblo que habían vuelto al rey, por decirlo así, mas llano y tratable, en nada habían afectado al adusto vice-canciller. Volvió este á la carga, reproduciendo todo el diálogo de la Aljafería, con algunas expresiones aun mas duras.

La disputa se iba encrespando, pues Francia atacaba con dureza, al paso que Cerdán, mas tranquilo y dueño de sí mismo, replicaba con energía, y sin perder un ápice de su decoro. La posición del rey era embarazosa, y casi ridícula, efecto necesario de su debilidad y poca prevision. Revolvía maquinalmente, y estrujaba entre sus manos sus manoplas de ante bordadas de oro, y para ocultar su turbación y disgusto se puso de espaldas á los rivales, mirándose en el bruñido casco que había sobre la mesa, para componer su blonda cabellera, y probarse su gorra de terciopelo carmesí, sobre la que flotaba una pluma blanca sujeta con un cintillo de diamantes.

Al oír alguna expresión dura en boca del canciller, se volvía al Justicia y le decía con amabilidad:—*Justicia, esto de buena voluntad os lo digo;*—y Cerdán, que conocía el disgusto del rey y el abuso que Francia estaba haciendo de su debilidad, le respondía con la sonrisa en los labios.—*"Yo, señor, os lo tengo en merced, que estas palabras, de padre son mas que de rey."* Cuando se trata de halagar á dos partidos, es muy frecuente verse en estas posiciones equívocas, que concluyen por dejar al imbecil que las provocó malquistado, ó cuando menos abatido por ambos rivales.

Cuando por fin el rey cansado de tan enojosa posición y de la petulancia de su vice-canciller, cortó la disputa preguntando al Justicia, si era aficionado á cazar. Respondió este lo mismo que había dicho á Cervellon, por lo cual el rey le dió su beneplácito para volverse á Zaragoza, encar-

gándole dijese á la reina, que le esperase á cenar para el día siguiente, que era el último del año.

Al salir de palacio apenas podían sus compañeros dar crédito á lo que decía Cerdán, y era tal su desconfianza, que trataban de volverse á Zaragoza sin comer; pero él los animó, obligándoles á descansar un rato, y tomar alimento.

Aquella tarde salió el rey á caza con toda su comitiva, y vió al Justicia que marchaba hacia Zaragoza en compañía de sus dos amigos y precedido del palafrenero. Paróse el rey á mirarle, y parecía que en su interior se arrepentía de haberle hecho pasar tan mal rato, ó mas bien, que envidiaba su firmeza de carácter.

Creiendo por el contrario el vice-canciller, que maquinaba algo contra el Justicia, se acercó al rey y le dijo:—Señor, todavía hay tiempo: yo iré solo á persuadirle ó á prenderle.—El rey oyó con marcado disgusto aquella fastidiosa proposición. En aquel momento volvió el Justicia la vista hacia el campo, para ver la comitiva del rey, y observando que este le miraba, descubrió su cabeza. El rey le hizo un saludo con su gorra, y picando su caballo respondió á Francia y á los demas cortesanos estas célebres palabras, —*"Por mucho que hagais, no habeis de lograr barajarame con el Justicia de Aragon."*—

V. DE LA F.

## POESIA.

### VENECIA.

V  
ENECIA! allí Venecia! Del golfo transparente  
Se abren las blancas olas con armonioso hervor,  
Y una ciudad de mármol alza la tersa frente  
Herida por la vara de un mago encantador.  
No en la desnuda arena la roca antes desnuda,  
Ludibrio de las olas la abandonada red;  
O cuna y patrimonio, mansion de gente ruda,  
La barca miserable del viento á la merced.  
Nacida de las aguas, bajada de los cielos,  
Dichoso encantamiento, fluctuante aparición,  
Nidos del aura leve los ondulantes velos,  
Que en torno le murmura con apacible son;  
En nubes reclinada de claros arbores,  
Del aterido dalmata sereno luminar,  
Su seno transparentan cien irradiados soles,  
Ciudad que el viento arrulla, cuando la mece el mar.  
En las serenas playas aparecióse un día,  
Movió rumor del pueblo donde el silencio fué;  
El caracol marino su parabien le envía,  
Del Adria los delfines se enroscan á su pié.  
Venid y contemplemos la nueva Galatea,  
Que en el cerúleo espejo ostenta su beldad;  
La cándida neréyda de amores se rodea,  
Mas bella pescadora no vió la antigüedad.  
Oh! cómo el sol derrama su ráfaga mas pura  
El mas bello crepúsculo, la aurora mas gentil,  
En esas blancas playas que, ardientes y seguras,  
Las conchas son las flores de su perpétuo abril!  
Oh! cómo si esas playas agita la tormenta  
La luna, difundiendo su lumbrer en derredor,  
Con su inmortal mirada la tempestad ahuyenta,  
Y atando el mar parece con su albo ceñidor!  
En las serenas noches al tembloroso rayo  
Que argenta el alto cielo, que argenta el bajo mar,  
En rápidos bateles que en lánguido desmayo  
Las voluptuosas linfas parecen arrullar;  
Pintándose en la blanca flauta cristalina  
Con fúlgido, temblante, fantástico vaiven,  
Como impalpables formas de aparición divina,  
Se ven sombras y sombras, cruzar, cruzar se ven.



Y vuelven, huyen, giran, y piérdense á lo lejos,  
Y rompen la distancia, y vienen y se van,  
Y el golfo iluminado del astro á los reflejos,  
Semeja red de perlas donde fluctuando están.

Y un canto melodioso de suaves barquerolas  
Turba el misterio apenas con lánguido rumor,  
Y el arpa de los genios, del viento y de las olas,  
Resuena con los ecos: ¡amor, amor, amor!

Amor, hasta la aurora. Mas vedla: el inflamado  
Soplo en los cielos prende la llama celestial;  
Se viste la mañana su manto nacarado,  
Y vierte sobre el mundo su risa de coral.

El sol despeña el carro de la alta cumbre de oro,  
La tierra alza en ofrenda sus nubes de arrebol;  
Y el mar es una llama y el aire un meteoro,  
Y un trono el universo en donde triunfa el sol.

¿No son aquellas playas que nunca holló la bruma,  
Las playas donde Venus apareció al mortal?  
¿No es esa la que orlaba, iluminada espuma,  
De la naciente diosa la frente virginal?

¿Cuál viento pudo nunca mas blando y mas sereno  
Secar en sus cabellos el cristalino humor,  
Y dar carmin y aromas al labio, al rostro, al seno  
De la celeste madre el genio del amor?

Venecia, oh tú, Venecia! ¡ciudad de los placeres,  
De crápula elegante, de liviandad gentil,  
Mas que lo fue en los siglos el templo de Citeres,  
Y de la dulce Gnido el lúbrico pensil!

Tú eres la diosa antigua que en pueblo marinero,  
De ilustres mercaderes un genio transformó,  
Y á recibir los dones del universo entero  
La playa de esos mares por concha la cedió.

Mecida por las brisas del blando clima ausonio,  
Altiya con tu origen, murada por la mar,  
La fiera independecia de ecúreo matrimonio  
Cantando entre las olas del remo al golpear;

Vagando por los mares donde aun resuena el canto  
De la sirena antigua que oyó la edad gentil,  
Las costas recorriendo de Europa y Asia en tanto,  
Cuna de mil imperios, sepulcro de otros mil;

Bebiste allá en Bizancio, cadáver de la Grecia,  
De tu belleza rara la ardiente inspiracion,  
Y puedes tú decirles: ¡oh espléndida Venecia!  
A los incautos pueblos que tus amantes son:

«Yo soy la Venus griega, la Venus soberana,  
Que atravesé el Oriente y á Europa aparecí;  
La Venus del Olimpo con veste italiana,  
Y el fuego y los deleites de la oriental huri.»

Más ¡ay! ¿solo eres bella? ¡Venecia! ¿solo risas  
Hay para ti en el mundo y liviandad y amor,  
Y cantos que resuenen tus ondas y tus brisas,  
Y máscaras que al rostro perdonen el rubor?

Como la antigua diosa que en el Olimpo griego,  
Por mensagero el iris, por armas la beldad,  
Mudaba al blando antojo que disculpaba el ruego,  
De los supremos dioses la eterna voluntad;

Como la antigua Venus que en manos del Tonante  
Los rayos encendidos sonriéndose apagó,  
Y á cuyo dulce encanto del inmortal semblante

De la carroza de oro Mayorte descendió;

Que recogiendo amores y derramando rosas,  
Cercada de un enjambre de cupidiños mil,  
Encanto de los dioses, envidia de las diosas,  
Llevaba por los cielos su carro de marfil;

Tú así, Venus impúdica ó Venus seductora,  
O pérfida, ó amable, ó caprichosa ya,  
Astuta consejera que las traiciones dora,  
O impávida amazona que á los combates va:

Tú así; Venus de Europa; con plácido embeleso  
Vertiendo las palabras del labio seductor,  
De las naciones fieras del inmortal congreso  
Pediste el noble asiento, conquista del valor.

Pedistelo; y subiendo con vencedora planta,  
La púrpura ceñida con dulce magestad,  
Desnuda la alba frente, desnuda la garganta,  
Entre las mallas férreas de tu iracunda edad;

Con el ardid ganoso rigiendo á las naciones,  
Cual Venus sus palomas con cintas de color;  
Abriendo ante sus plantas abismos de traiciones,  
Y en oro rellenando los cáuces del honor;

La espada de los pueblos tuviste en la pelea,  
Alzándola unas veces, bajándola otra vez;  
Amiga y enemiga, asiana y europea,  
Tu orgullo y tu fortuna fue igual á tu dobléz.

Y en el atroz consejo de tu ambicion sombría,  
Que al ruido de tus fiestas la Europa nunca oyó,  
La paz ó las batallas, terrible mercancía,  
Un pueblo ú otro pueblo ¡Venecia! te compró.

«¿Quién es, se preguntaron los pueblos y los reyes,  
Esta insolente reina, vil pescadora ayer,  
Que mueve en son de guerra para imponernos leyes  
Las miserables barcas de un pueblo mercader?»

«¿Dónde aprendió, dijeron los reyes y naciones,  
A levantar su frente á nuestra frente igual,  
Ella que el férreo casco no ostenta en sus blasones,  
Ni el asta, ni el escudo, ni el pabellon feudal?»

«¿Cuál raza de plebeyos que cambia y que trafica  
Desde el confin del Asia de Europa hasta el confin,  
En nuestras nobles lides viene á clavar su pica,  
Y á hacernos la figura del bravo paladin?»

«Ella la industria ejerce del misero judío,  
Y le abre sus comarcas el otomano infiel;  
Y hoy llega en aparato de gloria y poderío,  
Hoy viene á que nosotros le alcemos un dosel.»

«Sepamos, pues, sepamos en cual cimientto funda  
Esta marina foca la osada pretension,  
De revolver su cuello sin la fatal coyunda,  
Que sobre el débil pesa, cual negra maldicion.»

Dijeron las naciones, y sus magnates fieros  
Saltaron en las naves que les brindabas tú,  
Y en las mullidas popas doblaron altaneros,  
Los miembros sobre alfombras de púrpura y tisú.

Y hollando los caminos del piélago domado,  
Vuelto en mudez y asombro el áspero desden,  
Al nuevo astro contemplan llevar desde un mercado,  
Al zénit de la Europa la vencedora sien.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA.



(Puente de Rialto.)